

PRIMERA LECCION DE COLOMBIA

por LUIS CARDOZA Y ARAGON

Llevo dos meses en Bogotá, alta ciudad fría, animada por su vida política y cultural. Todo el mundo charla de política en calles y tranvías, bares, cafés, reuniones. Sí, el colombiano es un animal político, muy político. La esencia de esas charlas las encontramos en parte en sus diarios y revistas. Pero, sobre todo, en *Semana*, excelente periódico, cáustico y agudo.

El bogotano, con su clima londinense, es sutil, mordaz, elegante y ceremonioso. Su prensa está muy bien escrita. En sus reuniones públicas —políticas o culturales— escuchamos con frecuencia excelentes oradores. Parece que las conferencias también le gustan muchísimo. Acaso los declamadores, mas no tanto como generalmente se imagina. ¿Qué pasa con el teatro?

La ironía, el carácter, la idiosincrasia, cambian mucho con el clima y la altura. Cuando bajamos al mar, nos encontramos con gentes más comunicativas, más extravertidas, más alegres y bullangueras. En Barranquilla recordé a La Habana y Veracruz. En Bogotá a veces me siento en Quazaltenango o en la Ciudad de México, aunque aquí no podríamos decir la frase memorable de Alfonso Reyes en su *Visión de Anáhuac*: “Hemos llegado a la región más transparente del aire.”

El ingenio bogotano florece brillantemente a dos mil seiscientos metros de altura. Saben perfectamente que tienen un núcleo muy numeroso de gentes muy enteradas en todas las disciplinas. No sienten las cosas indígenas con la sinceridad y la fuerza de los peruanos, guatemaltecos y mexicanos. Y les agrada decirnos que las bogotanas siguen a París en las modas y elegancias. Y ellos, a los ingleses.

Una carta, por correo ordinario, puede llegarnos en dos o tres meses de Guatemala. Si no hubiese correo aéreo, estaría

ahora tan lejos en el tiempo como lo estuve en Moscú en la distancia.

Antes del avión, Bogotá era una isla en el aire. Una isla en el aire poblada por medio millón de Robinsones refinados. La presencia de un piano significaba un esfuerzo enorme de lomos de mula, brazos, lentas barcas por el Magdalena. Y así lo demás.

La vieja ciudad de Bogotá, la virreinal Santafé, se está transformando a fondo. Sus quince años últimos han sido decisivos, me afirmaba Gilberto Owen. Los barrios nuevos —Teusaquillo, Chapinero, etc.— datan del treinta. Los nombres pintorescos han desaparecido: Calle del Señor Caído, del Resbalón, del Chocho... Todas llevan ahora estricta numeración que permite localizar con precisión una casa, un comercio. Hace unos quince años Bogotá llegaba hasta la iglesita de San Diego. Más allá, la Sabana.

La vieja ciudad va perdiendo su carácter. Sus calles, sumamente estrechas, empinadas muchas de ellas y tortuosas, van tomando anchura con demoliciones. Hay barrios enteros con precioso aspecto virreinal. Balcones de madera, muy salientes, pilares, patios con jardines y enredaderas en los corredores. En el centro mismo de la virreinal Santafé están surgiendo numerosos rascacielos o altos edificios. La presencia de la ciudad es ya moderna en grandes avenidas, como en la de Jiménez de Quesada. Desde Monserrate se percibe, en su totalidad, la inmensa mancha roja de los tejados. Nos hemos recordado de ciudades italianas y españolas. Lo colonial carece de importancia comparado con algunas capitales o ciudades del Perú, México, Guatemala, Ecuador. En Colombia, Cartagena toma la revancha en este terreno.

“No se podría decir que Bogotá es una ciudad hermosa, me decía un bogotano; pero sí que es una ciudad con carácter propio.” Me parece exacta la afirmación de mi amigo. El sello peculiar de Bogotá lo encontramos también, y muy señaladamente, en sus hijos: su carácter propio se destaca siempre.

Recién llegado, volviendo a casa un poco tarde, acompañado de amigos, tuve una gran sorpresa: sobre el cielo, borrados los cerros que la embellecen por la noche cerrada, el santuario de Monserrate, brillante como un ascua, me pareció una constelación gigante, por mí desconocida.

Aún no he hecho mis peregrinaciones bolivarianas; ni visitado bibliotecas y museos; la colección de joyas indígenas del

Banco de la República; ni la Ciudad Universitaria. Iré a la tumba de José Asunción Silva a poner un ramo de violetas. Iré también a oír el rugido del Tequendama y recordaré allí a mi entrañable amigo y gran poeta Carlos Pellicer, fiel adorador de Bogotá y de Colombia, de quien dicen sus compatriotas que es “el más colombiano de los poetas mexicanos”.

*
* *

Colombia es el país iniciador de la aviación en grande escala comercial. Estaba obligada a ello. Ahora posee más de una docena de compañías que cruzan su cielo en todos los rumbos. Sus servicios son muy buenos y en cuanto a seguridad, excelentes en plano universal. El capital de muchas de estas compañías es íntegramente colombiano. Existen hasta servicios que llaman de aviones taxis: a las haciendas, a los poblados lejanos, llegan las alas con variable frecuencia. En las pocas semanas que he vivido en Colombia he leído innumerables noticias acerca de progresos importantes llevados a cabo en el transporte aéreo.

No obstante estos progresos de la vialidad aérea, siéntese en Bogotá —¿será impresión mía?— no sé qué de clima insular. El radio, los libros y periódicos, llegan abundantemente y traen noticias de todas partes. ¿Será siempre Bogotá un nido de conductores ampliado en gran ciudad?

(León de Greiff decíame hace pocos días que vio el mar por primera vez hace un año, cuando fue a México a recibir los restos de Barba Jacob. En su juventud, León escribió un bello poema al mar. Hoy, que lo conoce, no podría hacerlo mejor. Pero se trata de un poeta).

La ciudad corre al pie de los grandes picos de Monserrate y Guadalupe que se funden rápida, casi perpendicularmente en la Sabana. Bogotá tiene más de diez kilómetros de largo. Alguien me ha dicho que pasa de catorce. Se alarga como un río, como una cinta. El núcleo denso, formado por Bogotá la antigua, se concentra en torno a sus iglesias y plazas coloniales.

¿Su transporte? No diré yo una palabra sobre él; pero me gustaría que se pudiera escuchar al bogotano. Hay que ver a sus tranvías y *buses* a toda hora, principalmente cuando se cierran y abren los comercios, talleres y oficinas. Y como llueve mucho, y más o menos todo el año, a veces las cosas se ponen serias. Las

lluvias, que imagino frecuentes por mi breve experiencia y por la sólida reputación al respecto, forman tumultuosos arroyos en algunas de las calles empinadas y angostas que bajan de los altos cerros que en la ciudad señorean.

Abundan las librerías en Bogotá, y las hay muy buenas, con grande acervo de obras en diversos idiomas. Ahora me parece que domina el inglés entre las lenguas extranjeras; mas no debemos olvidar las condiciones actuales de Francia, su larga crisis, sus padecimientos, la postguerra. En París mismo, hace muy pocos meses, no pude conseguir publicaciones que busqué con detenimiento. Sin embargo, la producción crecía visiblemente. Los kioscos de periódicos se veían surtidos. En tiempos normales, Francia ha sido un gran centro, verdaderamente extraordinario, de fermentos espirituales. Sobre todo París, y en proporción realmente sorprendente.

Los barrios nuevos de Bogotá son bastante homogéneos. Los barrios nuevos de ciudades que crecieron muy rápidamente suelen ser ejemplos de la más diversa y pésima arquitectura. El conjunto residencial es discreto. No he visto, como en otras capitales que se han transformado en pocos años, castillos con puentes levadizos, residencias góticas...

En el contraste de calles virreinales que empiezan a poblarse con altos edificios, percibimos una imagen de la transformación pujante de Colombia. En ella se refleja una vida nueva, su progreso industrial y financiero. Las alas de los aviones tienen mucho que ver en todo ello, así como su organización y desenvolvimiento democrático. Cuando mi avión que llegaba de Balboa descendió en Medellín, después de dar cuatro o cinco vueltas sobre el estrecho valle de la hermosa ciudad, pude ver, a grandes rasgos, algo de su poderío industrial. En Barranquilla recibí parecida impresión. Lo mismo pasa en Cali y otras ciudades.

Bogotá se halla como en un momento agudo de su metamorfosis. Se diría que es una adolescente cambiando de voz. Está en botón. Pronto habrá de darnos la flor, el fruto. Y es que la transformación de la ciudad, reflejo exacto de la transformación de Colombia —‘país de democracia y café suave’— ha sido no sólo muy veloz sino muy vasta.

Decíamos que algunos rincones preciosos de la vieja Santafé están desapareciendo irremediablemente. En muchas otras ciudades de América el mismo problema se ha planteado y las querellas son memorables. Es una lástima que se vaya perdiendo el

carácter tradicional de nuestras ciudades, aunque aquí y allá queden algunos monumentos ejemplares. Este sabor híbrido, este salto de lo virreinal a la época atómica, vigoroso salto hacia el futuro, es semejante en Bogotá y en toda Colombia, como el salto del borrico al avión.

Y ese hibridismo se concreta en toda una fase de crecimiento de nuestros países, no sólo en lo material sino en lo espiritual. Cuando más adelante comentemos algunos aspectos de los valores culturales de América, de su alejamiento de Francia y su acercamiento a países sajones (sobre todo a los Estados Unidos, con su fuerza arrolladora), y, también, acercamiento a lo propio, a nuestras raíces, habremos de recordar que nos encontramos en lo espiritual como muchas de nuestras ciudades: saltando de lo virreinal al rascacielo, del borrico al avión.

No pienso que con esta transformación de las arquitecturas espirituales y materiales habremos de perder originalidad, el sabor de nuestro suelo, el sentido de nuestra personalidad de hombres del Nuevo Mundo. Por el contrario, necesitamos ir adelante con más audacia para garantizar nuestra magnífica posibilidad de existencia.

A mi vuelta de mi cuarto (¿y último?) viaje a Europa, en que pude dar un vistazo a naciones tan interesantes en el porvenir de la humanidad como la Unión Soviética y admirar el progreso y la grandeza de naciones como Suecia y Noruega, mi optimismo sobre el destino de América se ha acrecentado. Comprendo ahora mejor la desesperación de Juan Larrea, ahora que vi Alemania y que puedo imaginar la España con Franco. Los imperios se están eclipsando y surgen nuevas naciones libres. Este soplo universal ha llegado a todos nuestros pueblos y pienso que será difícil alterar este espíritu de progreso y libertad, esta necesidad de renovaciones fundamentales.

*

* *

Todos los colombianos de posición social o de formación cultural hablan francés, inglés... Por millares han salido y seguirán saliendo de preferencia a Francia. Muchos son los modelados por la cultura francesa. Este fenómeno —que en otros países hispanoamericanos también se ha repetido— aquí me parece que posee características especiales. La penetración como

que ha sido más profunda, más diseminada, más firme. Y, por lo mismo, existe en Colombia un clima particular para las delicadezas del espíritu.

Francia ha ido perdiendo terreno en todas partes. De ello no hay duda. Los franceses bien enterados lo saben mejor que nosotros. Parte lo ha ganado la cultura sajona. Pero no Inglaterra, sino los Estados Unidos. Las nuevas generaciones colombianas acomodadas, como en el resto de nuestros países, se educan con frecuencia en los Estados Unidos. Muchachos y muchachas, muy numerosos, estudian en colegios y universidades norteamericanos. Pero no todo lo ha ganado el idioma inglés por su apogeo económico, por las excelencias y progresos alcanzados por los Estados Unidos. Parte, y muy importante también, se ha fijado en lo propio, en lo nacional o en la tradición de nuestra lengua.

El nacimiento de una conciencia propia es lo que nos importa primordialmente. Esta conciencia propia, importante ya en toda América, señala nuestra pubertad: madurez incipiente. Ahora ya nos damos cuenta, siquiera, de que somos dueños de valores originales, de posibilidades particulares y virtudes privativas. Fenómeno de independencia que observamos también, muy incipientemente, en los terrenos económicos.

En Colombia, a grandes rasgos, empiezo a enterarme, con datos inconexos, de los progresos realizados y del empuje nacional. En realidad, nos conocemos muy mal en América. El intercambio de libros, periódicos, así como los estudios de nuestras escuelas y universidades, aún tienen mucho por hacer. La ignorancia recíproca es considerable, aun tratándose de valores excelentes. Cada país hispanoamericano vive dentro de sus murallas, con sus hombres más o menos célebres localmente, dos o tres valores continentales, acaso universales. No es tarea fácil transformar tal situación. Solemos ignorar hasta los nuestros. Recuerdo una entrevista, que causó regocijo en los Estados Unidos, en la cual Wendell Wilkie, entonces candidato a la presidencia, expuso sus propósitos en relación con la América latina. Habló con particular entusiasmo del Brasil, del que tenía idea de su extensión, riquezas naturales, el Amazonas... ¡Y dijo que le interesaba tanto que ya estaba estudiando el español!

Hace pocos días recibí del jefe de corresponsales en América latina, de una de las publicaciones norteamericanas de mayor circulación en el mundo, una carta dirigida así: Bogotá, Chile. Estos son dos ejemplos sencillos, cotidianos, que podrían multi-

plicarse a centenares, muchos de ellos realmente cómicos. Y no debemos ofendernos.

Libros ecuatorianos, colombianos, bolivianos en Guatemala, por ejemplo, no se les encuentra fácilmente. Igual diríamos de revistas, discos. Conocemos —de nombre, por lo general— algunas de las figuras sobresalientes; en realidad, ignoramos su obra. Pintores, músicos, arquitectos, sabios, aunque los tengamos, muchas veces no traspasan las fronteras. Lo apuntado acontece, en proporción diversa, en el resto de nuestra América. Los esfuerzos en el campo diplomático son sólo parte de lo que se puede y debe hacer. Muchas de las actividades diplomáticas están limitadas por su propia naturaleza.

*
* *

Nuestro Landívar es desconocido y vive sólo como tema de eruditos. Sinceramente pensé que el gran poeta colonial de Guatemala era un valor continental, si no popular, por lo menos con cierta consagración que llegara más allá de los especialistas. Si esto acontece en Colombia, supongo que es más ignorado en otros países, donde no existe tan honda y metódica pasión por las letras. Claro que en México sí se le conoce, no únicamente por la proximidad y el nombre de la obra (*Rusticatio Mexicana*) sino por haber vivido y escrito en Tepozotlan los primeros esbozos de sus cantos. Allá mismo, como en su propia Guatemala nativa, no es un poeta popular. No puede serlo, y pienso que tampoco le habría gustado.

El *Popol Vuh*, otro libro gigante del Nuevo Mundo, único también, libro guatemalteco, el más alto exponente de la mentalidad indígena, es conocido sólo por especialistas.

En las naciones en que ha desaparecido casi por completo la tradición vernácula, acaso los estudios precolombinos parezcan un tanto limitados, románticos, nacionalistas e inútiles. Para muchos de nosotros no conocer nuestro pasado indígena nos parece tan grave como ignorar nuestro pasado hispánico. La posición de los países latinoamericanos en este punto es muy diferente, como es lógico, según la importancia y la vigencia de lo indígena. En aquellos pueblos en que la tradición indígena tiene valor funcional y determinante, tales México, Ecuador, Perú, Guatemala, Bolivia, existe voluntad de expresar, no únicamente

lo mediterráneo, lo hispánico, sino también lo indígena o las presencias originales del mestizaje.

La civilización maya es seguramente la más alta entre las primitivas de América, y Guatemala, en su totalidad, fue su principal asiento. Basados en la única tradición universal, en la tradición mediterránea, podremos expresar nuestros conflictos de sangres y civilizaciones hasta lograr una síntesis de validez sin fronteras, como la obtenida por México con su pintura contemporánea.

En Colombia, la tradición indígena, propiamente, no existe. Pero con esta o aquella tradición, las obras, para ser nuestras y de los demás, habrán de enraizarse en su suelo y en su tiempo. Esta ubicación les asegura una vigencia continental o universal. Creo que de Colombia las dos obras más internacionalmente conocidas son *María* y *La Vorágine*. En los últimos años, *La Vorágine* es el libro más universal que nos ha dado Colombia. Desde luego, se le conoce más que la poesía de Pombo, Silva o Barba Jacob, para mí los tres más grandes líricos de la nación. En este éxito alienta la curiosidad por lo exótico, el gusto por la especia, un apetito turístico, aparte de la fuerza descriptiva y narrativa de Rivera. Se aúnan en su triunfo la curiosidad europea por los trópicos y el talento del escritor al expresar su mundo. Es una etapa de nuestro crecimiento que atrae más la curiosidad extranjera que el desolado alarido de Barba Jacob. Pero frente a ese éxito, frente a su justo valor internacional, la poesía de Barba Jacob no pierde un ápice si entendemos los valores intrínsecos del arte.

Para un uruguayo, un argentino, nuestro *Rabinal Achí* o el *Popol Vuh* o los *Anales de los Xahil*, son libros exóticos, acaso curiosos como el Kalevala de los fineses.

Por escritos en revistas y diarios me he dado cuenta de que en Colombia parte del público de tradición netamente académica (de academia de bellas artes latinoamericana) no gusta de las artes plásticas que se ocupan preferentemente en motivos nacionales indígenas o populares. La obra de los maestros muralistas mexicanos y la de otros tres o cinco pintores más diseminados por el continente, parece un desacato. No insistiré sobre ello por haber tratado el tema en algunos de mis libros de ensayos. Sin embargo, este rechazo no se debe a la tradición mediterránea—como podrían pretenderlo falsos atenienses— sino a carencia

de un entendimiento más acabado de lo que con esa tradición debemos hacer en América.

Empiezo la lectura del excelente libro de Luis Vidales, *Tratado de estética*, que me ofrece interés por sus sugerencias polémicas, su exposición brillante y su agudeza analítica. Algunos de estos puntos son allí tocados a fondo, aunque tangencialmente, y creo percibir simpatías y diferencias, como diría Reyes. La tendencia de Vidales es la universalista; su aspiración, su ambición, es por lo humano sin fronteras. Me parece muy bien, pero ¿cuáles son los posibles caminos en nuestros países más o menos indígenas, más o menos europeos?

Al informar de esta tendencia que creo percibir en Colombia, hablo en términos generales, que bien sé el esfuerzo de un Gómez Jaramillo, de un Marcos Ospina, de un Acuña. En Guatemala contamos con Carlos Mérida, con Abascal y Alzamora Méndez, entre los jóvenes. Pero ¿no sucede lo mismo aún en México, país de altísima tradición plástica y creador de una contemporánea escuela de pintura con sabor de su sangre y de su tierra y de renombre universal?

Parte de esa resistencia a las expresiones más legítimas o radicales se debe al interés de éstas por los problemas sociales. Además, esta pintura descalabra la almibarada pintura de cromos y almanaques. Recordemos aquí estas palabras de Miguel Angel respecto al retrato mismo: “¿A quién va a interesarle el parecido dentro de mil años?” preguntaba cuando le decían que su Lorenzo de Médicis, de la capilla inmortal en Florencia, no se parecía.

* * *

Guatemala es muy ignorada en Colombia, muchísimo, sin duda. Bernal Díaz del Castillo, casi guatemalteco, es de nuestros autores el más conocido. La idea general, grosso modo, sobre Centroamérica, es que llevamos una vida agitada. ¿Cómo podríamos quejarnos? La sinceridad es fundamental para establecer conocimiento. No hay razón alguna, valedera, para falsear conceptos o verdades, creyendo así lograr eficacia en propósitos de acercamiento. ¡El resobado acercamiento!

Nuestra tradición ha sido opuesta a la de Colombia en la vida social y política: la tenemos de violencia, con pocos relámpagos de alivio, con pocos años fecundos. Aquí la tradición es la

inversa y los cuartelazos, los despotismos, han sido la excepción condenada siempre.

Existe, hace años, en Colombia, con arraigo real, democracia política. Las luchas de los partidos se llevan a cabo con respeto mutuo, con convicción democrática, dirigidas por hombres competentes y patriotas. Es tierra de políticos, de grandes políticos, y cuando alguien ha ensayado salirse de las rutas de civilidad, el pueblo no ha respondido. La lucha ahora parece orientarse hacia el logro de una democracia más perfecta en el orden social y económico.

El clero permanece al margen de la política, como el ejército. Aquí ya no se emplea, en la actualidad, el púlpito para hablar contra el derecho (y el deber) de los obreros de asociarse para defender sus intereses económicos. Tampoco se intenta que se permita la organización de sindicatos confesionales; ni se defiende más a Franco desde el púlpito. No es sorprendente ver que algunos de los jefes conservadores ataquen a fondo, en campañas virulentas de meses, a congregaciones eclesiásticas, cuando éstas pretenden salirse de sus atribuciones.

¿Qué es una revolución en Guatemala? Pues... todo aquello que tienda a sacarla de su organización feudal y la lleve a una industrialización incipiente. Progresos elementales, en una palabra, que, desde luego, han sido realizados y defendidos, desde hace años, por los partidos conservadores de muchos pueblos hermanos. Y no digamos los Estados Unidos, con sus sistemas tributarios, sus grandes organizaciones gremiales, con sus leyes de trabajo y asistencia social.

Mucho habremos de aprender de las instituciones colombianas, de los progresos realizados en diversos órdenes, de la defensa de su economía nacional frente a la penetración imperialista extranjera, leyes de trabajo, de asistencia social, organización de la industria cafetera y la posibilidad innegable de Guatemala de no seguir pagando a los siervos de las fincas jornales miserables.

Todos los progresos alcanzados en materia social por los regímenes pasados serán mantenidos y habrán de seguir adelante, manifestó el actual presidente, señor ingeniero don Mariano Ospina Pérez. Se refería a legislación e instituciones de los pasados gobiernos liberales. Vi con qué entusiasmo le recibieron en Barranquilla los trabajadores, pueblo de tradición liberal. Este sentido patriótico de progreso, de justicia social, afianza la tra-

dición democrática de Colombia, una de las más fuertes del continente. Los peones de las plantaciones cafeteras ganan hoy en la región de Cundinamarca unos sesenta y cinco centavos de dólar y, durante las cosechas, hasta dólar y medio diario. Por no existir, en realidad, un problema agrario, de carácter agudo, las instituciones democráticas han tenido en Colombia tan singular arraigo y su evolución progresista ha sido ejemplar.

En Colombia, con gobierno liberal o conservador, el ritmo democrático se halla establecido. La inmensa mayoría de los puntos de programa con que triunfó en las pasadas elecciones presidenciales el partido conservador, serían llamados *comunistas* por nuestros señores feudales en Guatemala.

Me ha dado una sorpresa gratísima el tono de la lucha política: respetuoso y esencialmente crítico. Crítica de altura y calidad. Los personalismos no tienen cabida en la expresión de los jefes y órganos principales de los dos grandes partidos tradicionales colombianos. Se hace necesario un nivel notable de cultura general y de civismo, de entendimiento y tolerancia, para que este tono sea el característico. Esto es un signo claro del progreso de Colombia en su vida política.

*

* *

Permitidme ahora pasar a Guatemala, mi tierra. Sólo con conocimiento más o menos general de su pasado y de su estructura social puede entenderse su historia. La sinceridad es fundamental para nuestro mutuo conocimiento, aunque algunas veces los mal pensados puedan imaginar que nuestro fervor mismo nos conduce a denigrar la propia patria. Acaso de la entraña española surge el amor por la verdad con tal vehemencia que nos duele muchas veces comparar la realidad con nuestra esperanza. Mas sin esta sinceridad, sin este hondo sentimiento por nuestra tierra, poco podemos hacer. No perdamos la lucidez del juicio. No nos ofusquemos. Digamos, a pesar de las molestias que pueda causarnos la sinceridad, lo que tenemos y debemos decir.

Guatemala, país de belleza natural verdaderamente prodigiosa, con la tradición indígena más alta de América, con un pasado colonial brillante, ofrece valores y curiosidades singulares. Viendo de México, el contraste se mantiene y el sello de nuestra nacionalidad se siente. Acaso con Yucatán, Campeche y el resto

de la zona maya de México, nuestra relación sea más profunda y más fuerte.

País de color, de color maravilloso en su naturaleza y en las obras de sus indígenas. Aparte de su pintoresquismo, de su belleza extraordinaria, de sus ciudades increíbles, como la colonial Antigua Guatemala, toda hecha de dulzura y encanto, tenemos también algunas aportaciones a la cultura continental de importancia verdadera, tal las ya apuntadas en otro sitio de estas notas. Pero, en este escenario, por razones que la historia nos aclara, ha surgido, en medio de tanta dulzura, más de un tirano sangriento y nulo. Y nada parece más contrario al cielo nuestro que la sangre. Nada parece más contrario el inmenso jardín que es el país que la violencia. ¡Quién sabe qué pesa bajo el agobio centenario del indio! Bastante bien sabemos lo que pasa: en Colombia estoy dándome mejor cuenta de ello, con nuevos datos, con nuevos mudos testimonios, con ejemplos.

Guatemala, país indígena, como decir con inmensa población desposeída y no asimilada. Mantener esa sujeción, esa discriminación social y económica, es la aspiración de la inmensa mayoría de terratenientes latifundistas. Las cosas han cambiado y la lucha por abrirse camino ha sido muy ardua para la justicia. Decía don Juan Montalvo: “Si escribiese un libro sobre los indios haría llorar al mundo.”

Las palabras del grande ecuatoriano son válidas en nuestro país. Desgraciadamente, esta situación es la que ha privado en muchos años y no pocos países del Nuevo Mundo. Y tal situación aún prevalece en muchos de nuestros pueblos. Nosotros estamos haciendo —¡hasta ahora!— nuestra legislación social, nuestras instituciones avanzadas. Guatemala ha progresado en los meses últimos más que en veintidós años de Estrada Cabrera o catorce de Ubico, porque en los pocos meses que llevamos de vida nueva se ha realizado una grande obra de ventilación. En efecto, tengo el convencimiento de que lo más grave que nos aflige es el envenenamiento de la conciencia individual y colectiva originado por la tradición despótica, que hoy parece ya rota definitivamente. Acaso necesitaremos pasar de una generación a otra (llevando el buen camino presente, a pesar de sus errores y timideces) para desintoxicar a la nación y crear una conciencia nueva. Así como para Colombia es sumamente difícil salir de sus normas democráticas tradicionales, para Guatemala también parece suma-

mente difícil salir de su vida llena de zozobra creada por las dictaduras.

A grandes rasgos hemos apuntado en estas notas algunas de las razones de la existencia firme de la democracia colombiana y de la inestabilidad de las instituciones democráticas guatemaltecas. La razón fundamental, a mi modo de comprender las cosas de mi patria, se halla en la cuestión de la tierra. Se atribuye al señor general Lázaro Cárdenas esta opinión lapidaria sobre la revolución de octubre en Guatemala, que liquidó la larga tiranía de Ubico y herederos: "Es una revolución urbana en un país agrario."

Hemos puesto, sin duda alguna, el dedo en la llaga.

De pronto, el fenómeno social más importante en Guatemala, y que será decisivo y fecundo, lo constituye la organización del campesino y el obrero. Esto acontece por vez primera en nuestra historia. Y en la fuerza del pueblo organizado veo la mejor garantía de nuestro progreso.

El pueblo organizado está logrando que los esclavistas vean el mundo de hoy siquiera a través del ojo de la llave, y que tengan una más justa, más cristiana intuición del mundo de mañana.

Los trabajadores han empezado a llamar la atención sobre los problemas de la tierra en Guatemala. Los trabajadores organizados nos están haciendo meditar acerca de la revolución urbana en un país agrario...

*

* *

Estos apuntes, a vuelo de pájaro, son mis primeras impresiones colombianas. El contraste me llevó, a cada momento, a mi tierra, Guatemala.

Os he hablado con sinceridad de mi tierra y de la vuestra, colombianos. Excusad por ello mi pasión y mis errores.

Bogotá, enero de 1947.